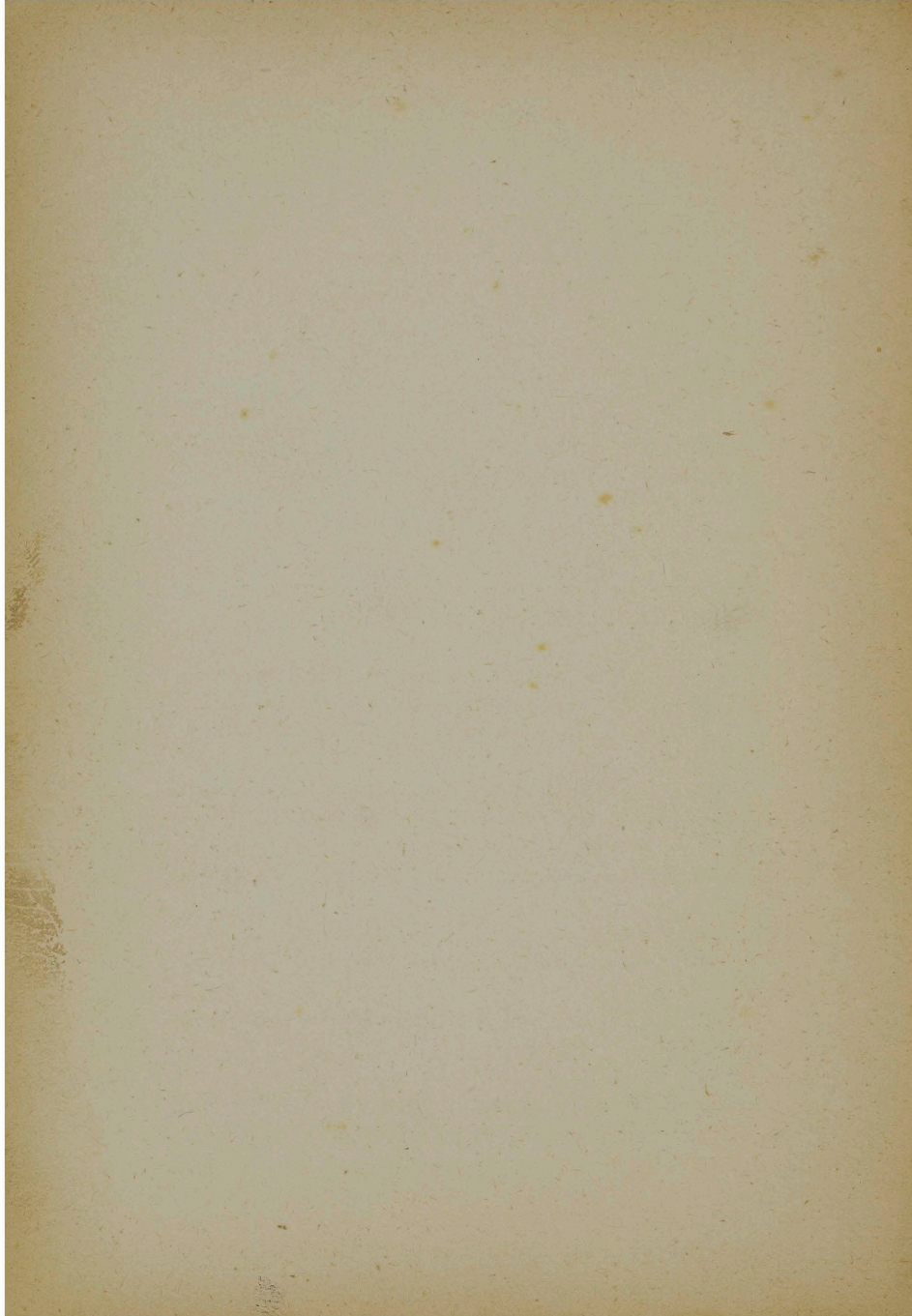


WARMA KUYAY



NOCHE de Luna en la quebrada de Viseca.

Pobre palomita por dónde has venido,
buscando la arena por Dios, por los suelos.

—¡Justina! ¡Ay, Justinita!

En un terso lago canta la gaviota,
memorias me deja de gratos recuerdos.

—¡Justinay, te pareces a la torcazas de Sausiyok'!

—¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!

—¿Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sa-
po te gusta!

—¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen lacea-
dor de vaquillas y hago temblar a los novillos de cada
zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rió, mirando al Kutu; sus ojos chis-
peaban como dos luceros.

—¡Ay, Justinacha!

—¡Zonzo, niño, zonzo! — habló Gregoria, la coci-
nera.

Celedonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron
la risa; gritaron a carcajadas.

—¡Zonzo, niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en
ronda, con la musiquita de Julio el charanguero. Se vol-

teaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre.

Me fuí hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía moverse, como las nubes que correteaban en las laderas del "Chawala". Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso; sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del "Chawala": el cerro, medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches; los indios nunca lo miraban a esas horas y en las noches claras conversaban siempre dando las espaldas al cerro.

—¡Si te cayeras de pecho, tayta "Chawala", nos moriríamos todos!

Al medio del Witron, Justina empezó otro canto:

Flor de mayo, flor de mayo,
 flor de mayo primavera,
 porque no te libertaste
 de esa tu falsa prisionera.

Los cholos se habían parado en círculo y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tener cueros.

—Ese puntito negro que está al medio es Justina. Y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, no ruego por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba vueltas al rededor del círculo dando ánimos, gritando como potro enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la ori-

Ha del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del patio y lanzó pedracas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fué a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero don Froylán apareció en la puerta del Witron.

—¡Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo al medio del patio.

—¡A ese le quiere!

Los indios de don Froylán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda y don Froylán entró al patio trás de ellos.

¡Niño Ernesto! — llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

—Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del Witron, sobre el lavadero había un tubo inmenso de fierro y varias ruedas enmohecidas, que fueron de las minas del padre de don Froylán.

Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba.

La hacienda era de don Froylán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarba de papas y dormían en la chacra, a dos leguas de la hacienda.

Subimos las gradas, sin mirarnos siquiera; entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado: estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

—¡Kutu! ¿Te ha despachado, Justina?

—¡Don Froylán le ha abusado, niño Ernesto!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

—¡Ayer no más le ha forzado; en la toma de agua, cuando fué a bañarse con los niños!

—¡Mentira, Kutullay, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar, como si hubiera estado solo, abandonado en esa gran quebrada oscura.

—¡Déjate, niño! Yo, pues, soy endio, no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas “abugau”, vas a fregar a don Froylán.

Me levantó como a un becero tierno y me echó sobre mi catre.

—¡Duérmete, niño! Ahora le voy hablar a Justina, para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina tiene corazón para tí, pero eres muchacho todavía, tiene miedo porque eres niño.

Me arrodillé sobre la cama, miré al “Chawala” que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

—¡Kutu: cuando sea grande voy a matar a don Froylán!

—¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí! ¡Mak'tasu!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como el maullido del león que entraba hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

—Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vamos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en su cuarto. Que se entre la luna para ir.

Su alegría me dió rabia.

--Y por qué no matas a don Froylán? Máta le con tu honda, Kutu, desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

--¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas abugau ya estarán grandes.

--¡Mentira Kutu, mentira! ¡Tienes miedo, como mujer!

--No sabes nada, niño. ¿Acaso no he visto? Tienes pena de los becerritos, pero a los hombres no los quieres.

--¡Don Froylán! ¡Es malo! Los que tienen chacras son malos; hacen llorar a los indios como tú, se llevan las vaquitas de los otros, o las matan de hambre en su corral! ¡Kutu, don Froylán es peor que toro bravo! Mátales nomás, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

--¡Endio no puede, niño! ¡Endio no puede!

¡Era cobarde! Tumbaba a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquitas de los otros cholos cuando entraban a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido!

Le miré de cerca: su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados ennegrecidos por la coca. ¡A este le quiere! Y ella era bonita: su cara rosada estaba siempre limpia, sus ojos negros quemaban; no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas, su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban. Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froylán la había forzado.

--¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro, ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón me sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

—¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente: estaba húmeda de sudor.

—¡Verdad! Así quieren los mistis.

—¡Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella ¡Déjala!

—Como nó, niño, para tí voy a dejar, para tí solito. Mira, en **Wayrala** se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el fondo de la quebrada, el río grande cantaba con su voz áspera.

Despreciaba al Kutu: sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

—¡Indio, muérete mejor, o lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la terciana, te enterrarán como a perro!

Pero el novillero se agachaba nomás, humilde, y se iba al Witron a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de don Froylán. Al principio yo le acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escojíamos los becerros más finos, los más delicados; Kutu se escupía en las manos, empuñaba duro el zurriago, y les rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres... cien zurriagazos; las crías se retorcían en el suelo, se tumbaban de espaldas, lloraban, y el indio seguía, encor-

bado, feroz. ¿Y yo? Me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

—¡De don Froylán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que encojía mis labios e inundaba mi corazón.

Pero ya en la cama, a solas, una pena negra, invencible, se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta, despacito abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los árboles, rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo. De dos saltos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos; ahí estaba "Zarinacha", la víctima de esa noche, echadita sobre la bosta seca con el hocico en el suelo; parecía desmayada; me abracé a su cuello, la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

—¡Niñaacha, perdóname! ¡Perdóname, **mamaya!**

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

—Ese perdido ha sido, hermanita, yo no. ¡Ese Kutu canalla, indio perro!

La sal de las lágrimas siguió amargándome durante largo rato.

Zarinacha me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

—¡Yo te quiero, niñaacha, yo te quiero!

Y una ternura sin igual, pura, dulce como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfalar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes, llenos de frescura. El Kutu ya se iba, tempranito, a buscar "daños", en los potreros de mi tío, para ensañarse contra ellos.

—Kutu, vete de aquí. En Viseca ya no sirves: Los comuneros se ríen de ti porque eres maua!

Su ojos opacos me miraron con cierto miedo.

—¡Asesino también eres, Kutu! Un becerrito es como criatura, ¡ya en Viseca no sirves indio!

—¿Yo no más, acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.

Resentido, penoso como nunca, se largó a galope en el bayo de mi tío.

Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fué. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido a su hijo.

Kutu tenía sangre de mujer: le temblaba a don Froylán, casi a todos los hombres les temía. Le quitaron su mujer y se fué a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondondo, Chaeralla... ¡Era cobarde!

Yo solo me quedé junto a don Froylán, pero cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Y no fuí desgraciado. A la orilla de ese río espumoso oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fué mi nido; contemplando sus ojos negros, oyendo su risa, mirándola desde lejíto era casi feliz, porque mi amor por Justina fué un "Wauma Kuyay" y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las ce

sechas, las siembras con música y jarawi, viví alegre en esa quebrada verde y llena del calor amoroso del sol, Hasta que un día me arrancaron de mi querencia para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo.

El Kutu en un extremo y yo en otro. El quizá habrá olvidado: está en su elemento, en un pueblecito tranquilo, aunque maula, será el mejor novillero, el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido como un animal de los llanos fríos llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extraños.



V O C A B U L A R I O

Allk'o.—Perro. Los indios también cometen la injusticia de comparar a los hombres malos con el perro.

Allpa.—Tierra

Anka.—Ave de rapiña; sólo el cóndor es más grande que el anka.

¡Atatao!—Interjección de asco

Ayarachi.—Música de los comuneros de la puna.

Barroso.—Toro de color cenizo.

Cordellate.—Género de lana tejido por los mismos indios.

Chascha.—Perro pequeño de la sierra; generalmente son muy humildes.

Ch'uchicha.—Pollito. También se dice a los niños.

Chiwako.—Zorzal.

Chuklla.—Choza.

Chumpi.—Cinturón tejido de lana.

Dansak'.—Bailarines que danzan en las esquinas de los pueblos serranos en las grandes fiestas; se visten muy vistosamente, a veces son profesionales. Muchos de ellos hacen pruebas de prestidigitación por lo que creen los indios que los dansak' son "compagres" del diablo.

Daño.—Se llama a los animales que han incurrido en chacra ajena. Cada pueblo tiene un coso para

encerrar a los daños y la Municipalidad percibe un tanto por ciento del pago que debe hacer el propietario del daño para rescatar su animal. Los "principales" a veces tienen un caso propio.

Hierra.—Fiesta que se hace durante el tiempo que dura la marca del ganado. En la hierra se tocan tonadas especiales y se bailan danzas especiales.

Inti.—El Sol.

¡**Jajayllas!**—Interjección de burla y desprecio.

Jarawi.—Música alegre que se toca durante las noches en las cosechas de trigo y maíz.

K'alas.—Nombre despreciativo que los comuneros dan a los blancos.

K'ark'acha.—Duende en forma de llama en el que creen los indios. Dicen que las k'ark'achas son el alma de las mujeres que cometen el pecado de maridar con sus parientes y compadres; son muy temidos.

K'erk'ales.—Montes de k'erk'o, árbol frutal muy parecido a la papaya.

Killincho.—Cernícalo. El killincho se atreve a pelear con el anka poderoso y a veces le hace gritar en el aire, por lo que es considerado como muy valeroso.

K'ocha.—Laguna, artificial o nó.

Kundur.—El cóndor.

Kurawa.—Pequeño techo que se pone sobre los muros de adobes para protegerlos de la lluvia.

Llok'e.—Arbusto de tallo muy fuerte y flexible.

Llak'ta.—Pueblo.

Machu.—Viejo.

Mak'tillo.—Diminutivo de mak'ta, mozo. Mak'ta es

en ciertos casos un adjetivo muy encomioso, equivalente a fuerte, valiente.

Mamacha.—Nombre dado a las santas, especialmente a la virgen. Por cariño y respeto se dice Mamacha a ciertas patronas.

Mamaya.—Nombre cariñoso que se da a las madres.

Ork'o.—Montaña, cerro. Las grandes montañas son temidas y respetadas por los indios como seres poderosos.

Pasña.—Mujer joven.

Payk'ales.—De Payk'o, yerba muy olorosa, es comestible.

Pichiucha.—Pajarito. Esta palabra va siempre en diminutivo, es muy dulce en keswa, porque los indios quieren mucho a las aves.

Principal.—El misti más acaudalado de un pueblo, el más poderoso.

Rutuna.—Segadera.

Sanki.—El cactus.

Saywa.—Pequeños monumentos que los indios hacen en las abras colocando unas piedras sobre otras; miradas de lejos, las saywas parecen centinelas vigilando desde las cumbres.

Sisi.—Hormiga.

Sunchu.—Yerba de flor amarilla, muy hermosa.

Tayales.—Montes de taya, arbusto negrusco de los climas muy fríos.

Tayta.—Señor. Palabra muy respetuosa en keswa. En algunas comunidades se llama Tayta al más influente de los indios.

Taytacha.—Dios y los santos.

Umpu.—Humilde enfermo, inválido.

Untu.—Nombre de un gran dansak' que hubo en la Provincia de Lucanas.

Upa.—Sordo, sonso.

Usuta.—Especie de sandalias.

Varayok.—Autoridad que lleva por insignia una vara.

Wak'tay.—Juego bárbaro de carnavales en el que dos indios se dan alternativamente de látigos con un zurriago con puntas de plomo hasta que uno de ellos se declare vencido.

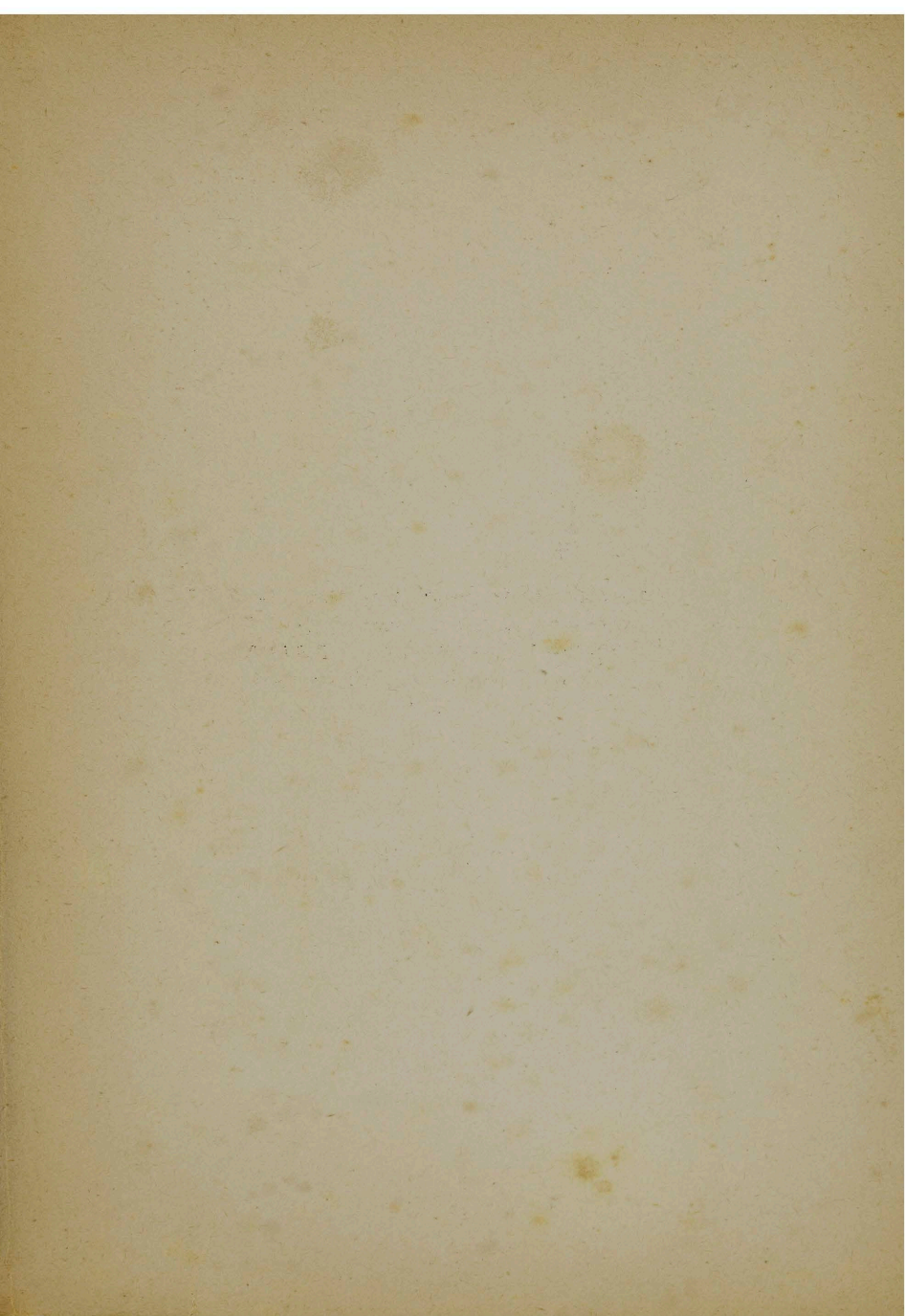
Waraka.—Honda.

Wayna.—Hombre joven. Se dice también al novio o a la novia.

Wiksa.—Barriga. Es también un insulto.

559098





Se acabó de imprimir este libro de J. M.
Arguedas, en los talleres de la C. I. P.,
Enrique Bustamante y Ballivián,
Sucesor, el 13 de abril de 1935
L I M A
